Hoy el mundo no es mejor que lo era á fines del siglo XVII, los peligros no son menores, ni menos apremiantes; con los principios han desaparecido las costumbres, el aire que respira la juventud está impregnado de sofismas; turbado el hogar doméstico, la cuna de los pequeñuelos no está más segura; quizás nunca como hoy las esposas y las madres dignas de su misión, estén llamadas á llenar tan importantes deberes. Séame, pues, permitido decirlas, si no ya con la autoridad de un San Francisco de Sales, ni mucho menos con el encanto de su palabra, siquiera con un corazón que comprende sus dolores, y sabe compadecerlos: *Leed la historia de Santa Mónica: aprended de esa esposa y de esa madre á pedir, á rogar como ella; á esperar siempre, á no desanimaros jamás; y no olvidéis que, si la juventud corre hoy tan grandes peligros, es porque no hay bastantes lágrimas en los ojos de las esposas y de las madres.*

EM. BOUGAUD,
Vicario general de Orleans.

Orleans, víspera de Todos los Santos.

CAPITULO PRIMERO

NACIMIENTO Y FAMILIA DE SANTA MÓNICA.
PRIMEROS AÑOS DE SU JUVENTUD.—SU MATRIMONIO

Años 332 al 353.

EL camino que de las ruinas de Cartago conduce á las de Hipona pasando por la antigua *Sicca Veneria*, atraviesa uno de los países más bellos de la tierra. Los antiguos alababan su fertilidad; y en efecto, aunque por espacio de doce siglos, el desierto envió sobre este contorno sus estériles y abrasadores vientos, ha bastado el golpe de las azadas francesas, para que renaciesen selvas de olivos, limoneros y naranjos, y bosques de rosales y de vides, que producen abundantes cosechas. No ha sido menester más, para que salieran también de entre las arenas una multitud de monumentos bellísimos del arte romano, fragmentos de estatuas, trozos de columnas y sarcófagos cubiertos de inscripciones,

ruinas de teatros, de termas y de templos, vías romanas y, en fin, las huellas todas de una brillante civilización. Cuando, después de haber andado algunas horas por medio de este renacimiento de la naturaleza, y de tan preciosos restos del arte, se remonta el viajero con el pensamiento á la época, en que la naturaleza y el arte ostentaban unidos sus maravillas; y cuando se recuerda el paso por tan dilatados horizontes de esa valiente raza que, al mando de Amílcar, Annibal y Yugurta, hizo vacilar, aunque por poco tiempo, la omnipotencia romana; y que, más tarde, fecundada por Jesucristo, y aceptado su yugo rechazando antes el de todos, dió á la Iglesia un San Cipriano, un Lactancio, un Arnobio y un San Agustín; y entre las vírgenes y los mártires una Santa Perpetua, una Santa Felícitas y á tantas otras; comprende cualquiera que pisa en esos suelos fecundos donde, como cantaba Virgilio, las cosechas crecen aún con menor prontitud y gallardía que los hombres.

Como á la mitad de este camino, y á corta distancia del famoso campo de batalla llamado *Zama*, en la vertiente de dos colinas doradas por el sol de Levante, y á la sombra de espesos olivares, se encuentra un lugarcillo, que los árabes llaman hoy *Souk-arras*. Sus blancos edificios se levantan sobre una parte del sitio que ocupara

un día la antigua ciudad romana, llamada Thagaste. En otra parte, por cierto de bastante amplitud, sobre una meseta extensa y á la vez accidentada, se descubren diferentes ruinas, medio sepultadas en la arena. Bosques de acanto, algarrobos y preciosas angélicas crecen en medio, prestando á las ruinas un poco de sombra. Al pie de la meseta se extienden bastantes praderas, refrescadas por corrientes que van á perderse en *Medjerda*, la antigua *Bragadas* de los romanos. Mas lejos, se descubren esos terrenos incultos y arenosos que el hombre no ha podido arrebatar aún al desierto; y por último, frondosos y sombríos bosques de alcornoques cierran el horizonte con su verde cortinaje. A larga distancia y sin que se divise desde la población, está el mar con sus calmas y sus tempestades.

Allí, sobre estas ignoradas colinas de las que, á pesar de la belleza de su situación, ningún autor antiguo se ha ocupado; pues nadie habló de Thagaste, si se exceptúa Plinio que, en una preciosa frase hace alusión al orgullo de la raza que la habitaba; allí, bajo horizontes llenos de luz y de vida, colocó Dios la cuna de Santa Mónica, cuya historia me he propuesto escribir (1).

---

(1) No puede dudarse que Souk-arras ocupa, efectivamente, si no todo, al menos una parte del sitio donde

Parece que al escoger semejante sitio, Dios pensaba ya en San Agustín; y que para él había creado esa elevada meseta, encumbrada como un nido de águila en la inmensa campiña; pero también colocó allí la cuna de Santa Mónica, á fin de enseñarnos, que en una madre todo está ordenado á los hijos; hasta el sitio mismo de su nacimiento, y el en que recibe la vida que más tarde ha de comunicarles.

Era el año 332, hacía dieciocho que el Papa San Silvestre gobernaba la barca de San Pedro, y veinte que el Emperador Constantino, vencedor de Magencio, había proclamado el triunfo de la religión cristiana. La Iglesia salía de las catacumbas, y á la manera que, después de un largo invierno, bajo la activa influencia del sol de Mayo, se siente en la naturaleza una especie de acción vital, indicio claro de que todo va á desarrollarse, así también la Iglesia, fecundada por tres siglos de dolores y de humillaciones, se preparaba á dar á luz los más sublimes frutos. Y efectivamente, el mismo año que Santa Mónica vino al mundo en Thagaste, nació San Jerónimo en Stridón (Dalmacia); San Gre-

---

estuvo la ciudad de Thagaste: como prueba damos los documentos que han llegado á nuestras manos, y se hallarán en la nota 1.ª del Apéndice.—*(N. del A.)*

gorio Nacianceno había nacido cuatro años antes; San Basilio tenía tres, y San Gregorio de Nisa dos: San Hilario de Poitiers y San Martín de Tours eran de más edad, éste iba á cumplir los diecisiete años, aquél estaba á punto de hacerse sacerdote. Ni San Ambrosio, ni San Juan Crisóstomo, ni San Paulino de Nola habían nacido aún; pero las piadosas jóvenes llamadas por Dios al honor de ser sus madres, se recogían y preparaban ya á la gran misión que habían de llenar, y que por cierto no sospechaban siquiera. Completaba este brillante grupo San Atanasio, que, joven aún y cuando tenía apenas veintisiete años, fué elevado á la Silla episcopal de Alejandría, para ocuparla durante medio siglo, siempre firme, invencible y llevando el peso de la lucha, dando así lugar á que esos grandes hombres llegasen al completo desarrollo y madurez.

Por aquel tiempo, entre los mártires que acababan de morir víctimas de las persecuciones parciales, que el mismo Constantino no podía impedir, y los doctores que se apresuraban á nacer, apareció en un hogar de paz, de honor y de antiguas virtudes la niña privilegiada entre todas, porque Dios la había escogido para ser madre de San Agustín, el Doctor más ilustre de aquel siglo, recibiendo al nacer el nombre de Mónica; nombre que ninguna santa había lleva-

do hasta entonces, y que ella había de convertir en un símbolo sumamente expresivo y eficaz de consuelo y de esperanza.

Su padre, cuyo nombre se ignora, y su madre, que parece se llamaba Faconda (1), eran cristianos y piadosos (2). No es fácil averiguar el puesto que ocupaban en la sociedad; créese pertenecían á una de esas familias nobles, que se ven en siglos perturbados por las revoluciones, las cuales conservan cierto brillo heredado de sus mayores, pero no la fortuna; que tienen aún numerosos sirvientes, pero viven con estrechez; bien relacionadas y emparentadas con familias de distinción, pero cuya vida es cada vez más retirada y más oculta. Veinte años antes, cuando casi toda la ciudad de Thagaste se había dejado seducir por las novedades del cisma de Donato, esta familia permaneció católica, lo cual había aumentado su aislamiento, á la vez que las desgracias del Imperio aceleraban su ruina; y si al advenimiento de Constantino y del Cristianismo, hubo un momento en que los padres de Santa Mónica, lo mismo que las antiguas y ricas familias de provincia arruinadas por el fisco, pudieron esperar algún alivio en sus males; como los esfuerzos de Constantino y Diocleciano fueran inútiles, esta esperanza empezaba á desvanecerse; y los padres de Santa Mónica pudieron prever, que del antiguo esplendor no conservaría su hija sino un recuerdo y un nombre (1).

(1) Es tradición de todas las Órdenes que siguen la regla de San Agustín, y en las liturgias agustinianas se le da el nombre de *Faconda* ó *Facundia*.

(2) «Erudivit eam (Monicam) in timore tuo virga Christi tui, regimen unici Filii tui, in domo fideli, bono membro Ecclesiæ tuæ.» (*Confes.*, lib. IX, cap. VIII.)

Los padres de Santa Mónica trabajaron vigorosamente para fijar de un modo indeleble en el alma de su hija estos pensamientos, que abatían y entristecían á todos: y probablemente á ellos

(1) Esto es lo que resulta del detenido estudio de las *Confesiones* de San Agustín, y de la confrontación de muchos textos importantes: por ejemplo, los en que se habla de numerosos criados en la casa de Santa Mónica (lib. IX, caps. VIII y IX); de continuas relaciones con las familias más distinguidas (lib. IX, cap. IX); y de su parentesco con las personas nobles y de elevada jerarquía. (*Cartas de San Agustín*, 39.ª en la edición benedictina.) Los en que San Agustín dice, que su patrimonio era bastante modesto (*Confes.*, lib. II, cap. III), y que él era pobre é hijo de padres pobres (*Serm.* 356), no deben tomarse tan á la letra, porque hablaba movido por un sentimiento de humildad. Noble, pero arruinada por las desgracias públicas, como todos los nobles de su época; consideramos que de este supuesto ha de partirse, para conocer la verdadera posición de la familia de Santa Mónica.

debió la Santa ese precoz desprecio de lo perecedero, y ese vivo entusiasmo por la eternidad, que constituyeron siempre uno de los más bellos rasgos de su fisonomía (1).

Pero cuando Santa Mónica habla de su primera educación, no sólo alaba el celo de su madre, sino que recuerda agradecida la vigilancia de una antigua sirvienta, á cuyo cuidado estuvo durante la infancia. Esta criada, había sido nodriza del padre de Santa Mónica, y le había llevado á la espalda como las muchachas acostumbran llevar á los niños pequeñitos (2); y después de haberle visto crecer y celebrar su matrimonio, respetada y

(1) San Agustín nos ha dejado pocos detalles sobre la juventud y primeros años de su madre, pero felizmente la tradición ha venido á suplir esta falta, dándonos á conocer cierto número de hechos del mayor interés, que sirven para completar la fisonomía de Santa Mónica. Estos hechos son idénticos en todas partes: se encuentran consignados en antiguos documentos, y muy particularmente en las diferentes *Liturgias* de las Órdenes que siguen la regla de San Agustín. Los Canónigos regulares, sea cual fuere su congregación; los Ermitaños de San Agustín, los Servitas ó Siervos de María, los Religiosos Premonstratenses, y los Hermanos Predicadores, todos conservan y celebran la memoria de los hechos con un acuerdo tal, que no es posible dudar de su autenticidad.

(2) «Quæ patrem ejus infantem portaverat, sicut dorso grandiuscularum puellarum parvuli portari solent.» (*Confes.*, lib. IX, cap. VIII.)

venerada á causa de estos servicios, como también por su ancianidad y pureza de costumbres, había pasado á ser la sirvienta y, mejor aún, la segunda madre de sus hijos. Celosa, prudente, austera, un tanto dura y regañona, pero íntimamente unida á su joven pupila; verdadero tipo de esos fieles sirvientes que el Cristianismo empezaba á dar al mundo, y que no eran por cierto una de sus menos bellas creaciones, rodeaba de la más activa vigilancia aquella cuna, que contenía tan grandes y gloriosos destinos.

Preservada así de todo peligro, y cultivada con exquisito esmero, jamás planta alguna se vió tan luego coronada de flores y de frutos como nuestra santa niña. Aun era pequeñita, y acechando el momento de que nadie la mirase, marchaba sola á la iglesia (1), y allí, oculta en un rincón, de pie, con las manos juntas y los ojos modestamente bajos, encontraban tal encanto conversando con Dios, que olvidaba la hora de volver á su casa. Cuando aparecía en ésta tímida y medrosa, era severamente corregida, y aun

(1) «Dum adhuc puella esset, sæpe domo parentum se substrahens, ad ecclesiam fugiebat. Ibi, aliquandiu in angulo permanens, virginales orationes ad Christum fundebat.» (*Breviario de los Canónigos Regulares del Orden de San Agustín.* París, 1523, en 16.º, caracteres góticos, *ad prim. Noct., lect. I.*)